

EL CAFÉ.

ECO DE LA CHISMOGRAFÍA ARTÍSTICA Y LITERARIA.

Este periódico se publicará los días 15 y 30 de cada mes.—Se suscribe en la ADMINISTRACION, calle de Embajadores, 37 3.º izquierda, y en las librerías de Cuesta, Durán, San Martín y L. Lopez.

30 de Diciembre de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid un trimestre..... 4
En Provincias..... 5
En el Extranjero y Ultramar..... 10 rs

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias que no tengan satisfecho el importe de la suscripcion, se servirán verificarlo á la mayor brevedad si no quieren experimentar retraso en el recibo de EL CAFÉ.

REVISTA DE LA QUINCENA.

¿Te has divertido mucho, lector mio, en estas Navidades? ¿Has ido á los teatros? ¿Armas-te en tu casa el nacimiento para recreo de tus hijos? ¿Qué tal te supo la sopa de almendra? ¿Estaba fresco el besugo? ¿Tienes cédulas para la rifa del *Obsequio* de la Dulce Alianza? ¿Has dado muchos aguinaldos?

Todas estas preguntas me ocurren ahora que empiezo á pasar revista á los sucesos de la segunda mitad de Diciembre. ¿De qué otra cosa he de hablar en este artículo?

¡Cómo alegran la corte
las Navidades,
con besugos y pavos
y mazapanes!
¿Dónde está Herodes
que no coje á esos niños
de los tambores?

En efecto, desde el día 18 en adelante, parece que la vida social se reconcentra en Madrid en la Plaza, llena de cuanto producen las provincias. Allí las manadas de inocentes pavos; allí los manojos de capones atados por las patas como las flores por el tallo en los ramilletes; allá los montones de naranjas, que parecen pirámides de oro; acullá las mesas cubiertas de esa masa tan española que se llama turron, partida en pedazos de la misma forma que los ladrillos y los adoquines; por todas partes en fin los gritos de los vendedores, las capachas de los esportilleros, que se enganchan en las mantillas y en los gabanes, y el redoble de los tambores tocados por innumerables bandas de chiquillos.

Un poco más lejos, en la plaza de santa Cruz

hay una verdadera exposicion artistica, tan digna de describirse como cualquiera otra. Por una parte se colocan los nacimientos de lienzo y papel con armadura de cañas, llenos de figurillas de barro, de fuentes, de peñascos y de palacios de tan buen gusto como los que en los barrios nuevos y aristocráticos se levantan con pretensiones de riqueza. Por otra parte vienen ejércitos de reyes magos blancos y negros, montados en sendos camellos; manadas de pastorcillos, cual con un queso bajo el brazo, cual con un cántaro de leche en la cabeza, ofrendas que se supone van destinadas al portal de Belem; y en fin por todas partes los infantiles y chillones instrumentos que los vendedores pregonan con el título de *pianos á dos cuartos*, y el público llama chicharras; y mezclados con ellas los rabeles, las zambombas y las panderetas.

La Noche-Buena es para Madrid una verdadera conmocion popular en sentido alegre. El rico se complace y goza con suntuosa cena, y el pobre olvida sus pesares y su falta de dinero con humilde colacion de verduras, acompañadas del indispensable besuguillo. ¿Quién será capaz de hacer la estadística de los litros de leche de almendra que se consumen el 24 por la noche? ¿Quién de contar las azumbres del manchego néctar, que trasla ladas desde la taberna al estómago, se convierten en monas ó borracheras? A cualquier hora que uno se despierte por la noche puede estar seguro de oir el ruido de los panderos y los almireces. Hay personas que en vez de dormir gozan inocentemente en pasear por las calles tocando aquellos sencillos instrumentos, sin hablar una palabra.

Costumbre es en los teatros estrenar la noche del 24 comedias alegres, que si no están escritas para tal objeto, á lo ménos lo parecen. En el presente año solo el Circo es el que ha estrenado obra nueva, que es por cierto una comedia de D. Fernando Martinez Pedrosa, titulada *La caja de Pandora*. Los demás teatros se han aprovechado de las funciones ya conocidas, representándose únicamente en el Príncipe, y eso por la tarde, otra muestra de la fecundidad del Sr. Larra, que lleva por nombre *La tarde de Noche-buena*. Ambas novedades han

llenado su objeto haciendo reír á los alegres espectadores que pueblan en tales noches butacas y galerías.

La sota de espadas, zarzuela puesta en música por el Sr. Arrieta, con que el Sr. Pina se ha desquitado algun tanto de la derrota sufrida pocas noches ántes en el teatro Español, y la traduccion del magnifico drama de Schiller *Intriga y amor*, hecha en verso por D. Antonio Hurtado, han servido para celebrar las pascuas en los coliscos de las calles de Jovellanos y del Príncipe. Por cierto que los amores de Fernando y de Luisa, los delicados pensamientos y los rasgos de primer orden en que abunda el drama, y su terrible desenlace, no son el espectáculo más apropiado para la bulliciosa concurrencia del 24 de Diciembre, compuesta en su mayor parte de esas personas que dicen, creyendo decir algo:—«yo cuando voy al teatro no voy á llorar, que voy á reirme.»—De seguro estas gentes han gozado mas oyendo las agudezas de D. Simplicio Majaderano Cabeza de Rucy en el Circo, que con todo lo que se ha representado estos días.

Allá vá una noticia.—Acaban de llegar á Madrid tres extrangeros que piensan arraigar entre nosotros y están destinados á subir á mucha altura. Los tres han nacido en Melbourne, (Australia); pesan entre todos cuarenta arrobas, y su cuerpo tiene la talla de tres metros y uno de circunferencia. Pertenecen á la especie llamada en términos facultativos *dicksonia antártica*, cuya especie no es la especie humana, pues los tres recién llegados son magníficos helechos arbóreos, que ya están en las estufas del Jardin Botánico.

Si yo conociera al Baron Von Muller, que los ha regalado, le rogaría que enviase unos cuantos al Ayuntamiento para plantarlos en el Retiro, porque son tantos los árboles que allí se han cortado, y hay tantas cruces y rayas rojas en los que viven, anunciando muerte ó amputacion próxima, que dentro de poco los camellos de la casa de fieras, se ván á crear, cuando salgan de paseo, en las arenas del desierto. Envíe pues al Retiro el Baron Von Muller plantas de la Australia ya creciditas, en la seguridad de que como haya que abrir una calle ó dar nueva forma al terreno en que se encuentren, pronto se convertirán en lo que se han convertido tantos otros árboles: en haces de leña.

Cuando el presente número de EL CAFÉ llegue á tus manos, lector carísimo, ya no quedará mas que una hojilla en tu calendario americano. ¡Qué triste es aquel carton cuando llega á tal estado! Una á una hemos ido arrancando las hojas que representan cada cual un día de nuestra existencia. Con cada una de ellas hemos arrancado acaso tambien una esperanza que nos sonreía y que se rasgó al desprenderse

de nuestra imaginacion, como la hojilla de papel al separarla del calendario. Si viéramos en monton las hojas de este despues de arrancadas nos causarían pena; la misma que nos causa el volver la vista á lo pasado y pensar en el año que termina. ¡Qué monton de esperanzas arrancadas que ya no pueden volver á ordenarse en el alma!

Pero en cambio, ya que el calendario de este año concluye, habrás comprado el de 1872 para reemplazarle. Allí se apiñan, bajo bonita cubierta con oro y colores, las hojas nuevas y las nuevas esperanzas. Es mas lindo que el del año anterior; el papel que le encubre tiene color de rosa; los angelitos que le adornan sonrien, y todo en él son guirnaldas de flores, hojas de laurel y nubecillas nacaradas. ¡Ah! qué dichoso vá á ser el año que empieza! ¡Vaya con Dios el que se marcha y venga el otro en buen hora á reemplazarle!

Lector mio, sé feliz en el año próximo, y que se cumpla lo que desees, si no se opone á lo que yo desco, que es muy posible.

GAZENOLZ DE TUILDONNE.



ADIOS.

Luciera aún el venturoso día
En que tu amor me diste, y si aún brillara,
Aún amante en mis brazos te estrechara,
Aún tu lábio mi lábio besaría.

Perdon si te recuerdo, vida mía,
Aquella dicha que pagué bien cara:
El que una vez del sol la luz mirara,
Nunca, ciego despues, la olvidaría.

Te adoro aún; y si albergar no es cuerdo
De la esperanza la sin par dulzura
Hoy que por siempre y por mi mal te pierdo,
Viviré recordando tu ternura,
Porque son la esperanza y el recuerdo
Crepúsculos de un día de ventura.

1866.

JUAN VALLEJO Y LARRINAGA.



CRÍTICA TEATRAL LA FERIA DE LAS MUJERES, COMEDIA ORIGINAL DE DON JOSÉ MARCO.

Concha. Un marido no se busca.
Aurora. ¿No se busca?
Concha. No: se aguarda.

Con justísimo éxito se ha representado en el Teatro del Circo la obra en cuyo exámen vamos á ocuparnos.

Tres hermanas, una de ellas rica, otra bella, y otra hacendosa y modesta, son las mujeres que el autor saca á la *feria*. Las dos primeras llaman prontamente la atencion de dos galanes que buscan novia: pero cuando los aspirantes vén de cerca lo que de lejos les cautivara, uno de ellos renuncia á sus proyectos matrimoniales; y el otro,

cambiando de idolo, retira la ofrenda de su amor de los altares de la niña bonita para depositarla resueltamente á los piés de la virtuosa doncella que, ni por su belleza, ni por su atavío, podia competir con sus hermanas.

Tiene lugar la accion en el Cabañal de Valencia: las tres mujeres con su padre ocupan una barraca, y en una alqueria colindante se albergan los dos jóvenes. Los jardinillos de uno y otro edificio están separados por una tapia; y por encima de ella se comunican frecuentemente los personajes de la comedia, lo cual dá márgen á chistosísimas situaciones que el público contempla con esa risa de buena ley que es el aplauso que con más satisfacción escucha el poeta cómico.

El pensamiento dominante en esta obra es el que revelan los versos que á guisa de epigrafe hemos colocado al frente de este artículo. Un marido no se busca, *se aguarda*; expresion felizmente sintética, en que se condenan todas las impaciencias y todas las indiscreciones en que suelen incurrir las muchachas casaderas, cuando las domina el afán inmoderado de matrimoniar; dejándose entrever en ella tambien la consoladora idea de que la mujer de verdadero mérito, de prendas sólidas, y bien educada para la vida del hogar, sin exhibirse ridículamente, sin tender lazos al sexo feo, sin apelar á los vituperables ardides de la coqueteria, puede esperar fundadamente que no falte un buzo que descubra y arranque aquella perla de las inexploradas profundidades del Océano.

Se ha propuesto, por consiguiente, nuestro autor demostrar una proposicion moral; y lo ha conseguido con la misma fortuna que le ha asistido en casi todas sus producciones dramáticas. La naturalidad y sencillez con que conduce su plan, el tino con que ha buscado los efectos escénicos, y los chistes decorosos con que ha sazonado pródigamente su última obra, justifican plenamente el favor que el público madrileño le ha dispensado. En cuanto á la versificación, sólo diremos que es tan fluida, fácil y correcta como por costumbre la emplea el autor de *El Sol de invierno*.

En prueba de ello copiaremos únicamente el retrato que de la protagonista hace, en son de censura, una de sus hermanas.

Siempre con el ceño adusto
y severa la mirada,
para ella en casa no hay nada
que esté arreglado á su gusto.
¡Brillar Concha! Intento vano!
¡Ni soñarlo! Es una vieja
que ni un solo instante deja
la palmeta de la mano.
No haya miedo que la roben
tiempo alguno los paseos;
y en cuanto á los devaneos,
tan propios en una joven,
con eso que no la vengau:
y es lo malo, á mi entender,
que no los quiere tener
ni quiere que otras los tengan.
Para Concha, un *te idolatro*
es un pecado mortal,
y un triunfo piramidal
conseguir que vaya al teatro.

¡Ir á un baile? Eso no pasa:
no le gusta trasnochar,
y, si lo hace, es para estar
como un azacan en casa.
En fin, para hacer completa
la pintura, caballero,
ella... hasta espuma el puchero
y, además, hace calceta!

¡Qué facilidad! ¡Y qué discrecion para enumerar precisamente como defectos las cualidades que hacen de Concha la mejor de las tres hermanas!

Después de haberle elogiado como se merece y dándole nuestros más sinceros plácemes, ¿nos permitirá el Sr. Marco que, con motivo de su reciente comedia, le hagamos una observacion que puede igualmente aplicarse á las más notables que han salido de su pluma? Si nos lo permite, advertiremos que, así *La feria de las mujeres*, como *El Sol de invierno* y *Libertad en la cadena*, le han valido los aplausos del público y las alabanzas de la critica; han dado numerosos llenos á los teatros en que se han representado; son obras magistralmente escritas; y, sin embargo, es notable que ninguna haya impreso honda huella en la memoria de las gentes, ni servido para que un actor de primer orden pudiera hacer especial ostentacion de su talento.

¿Por qué este fenómeno? Un escritor que versifica tan galanamente, que con tanta sobriedad y exquisito tacto ordena sus planes, y que escribe sus comedias con no menor acierto que escriben las suyas por boca de los autores de *El tejado de vidrio*, *Achaques de la vejez* y *Lo positivo*, debería naturalmente conseguir que sus producciones ocupasen un rango igual al de estas en la escala de las gerarquías dramáticas. Y sin embargo, no es así.

En interés del Sr. Marco, á quien como amigo queremos, y como escritor admiramos, hemos de decirle nuestra opinion sobre esa extraña anomalía, dándole, por via de corolario, un consejo que podrá ser equivocado, pero que es completamente leal y amistoso.

Entendemos nosotros que la causa de no haberse levantado el señor Marco á la altura en que sus privilegiadas dotes de autor dramático debieran colocarle, debe buscarse en la naturaleza especial de las fábulas y moralejas en que emplea su peregrino talento. No hemos visto todavía á este escritor luchando con un gran vicio moral ó social, ni rompiendo lanzas en defensa de una alta virtud: jamás nos ha presentado una figura, un carácter, un tipo de gran bulto, que nos haya revelado ó descubierto algo digno de reprobacion ó de loa. El señor Marco coje al hombre ó á la mujer, los encierra entre las cuatro paredes de su casa, nos los presenta con sus prendas y defectos menudos, sus virtudes adocenadas y sus flaquezas de menor cuantía; y, aun dentro de esta esfera de seguro no nos daría un *Harpagon* ó un *Tartufo*, sino cicateros vulgares ó hipócritas de pacotilla. Así vemos esas mujeres, que son su bello ideal, hacendosas, caseras y sufridas, pero que no cautivan, en fuerza de ser insignificantes bajo todos los

demás puntos de vista: esos hombres insípidos, apreciables sujetos sin duda alguna, pero cuya amistad nadie repugnaria ni ambicionaria nadie: esos caracteres vagos, indecisos, triviales, que forman la base de las producciones del señor Marco.

¡Es que (se nos dirá acaso) ese es precisamente el mundo; esa la realidad; esa la generalidad! Concedido: eso es lo que vemos todos los días, esos son los hombres que ordinariamente encontramos en la calle y en el trato social. Pero concédase también que si el teatro ha de ser un elemento de pública moralidad y una escuela de provechosa enseñanza, no le basta, para llenar estos fines, fotografiar al vulgo, presentándonos hombres y mujeres desprovistos de pasiones energéticas, de austeras virtudes y de trascendentales vicios: no le basta hacernos ver individuos que no son calumniadores, ladrones, ni asesinos, pero en los que tampoco resplandecen la constancia, el honor, el patriotismo, ni otras elevadas cualidades. El teatro, para moralizar, necesita de lo grande, así en la virtud como en el vicio, para enseñarnos a amar la una y aborrecer el otro.

Salga, pues, el señor Marco de la reducida esfera moral en que se agita su musa, esa gallarda musa que, como el pájaro en la jaula, pugna para romper sus prisiones y volar libremente por más arriba de las montañas: apodérese de una profunda y extensa llaga social (que no le faltarán en estos tiempos), y aplique sobre ella el cauterio de su aticismo cómico y de su intencionada y sabrosa vena; ataque de frente algo de lo mucho que la conciencia reprueba y estigmatiza en las costumbres de nuestro siglo; y verá entonces su importancia y renombre

extenderse, crecer, tocar las nubes,

y aventajar á los de los primeros dramáticos modernos. Tal es al menos nuestra convicción, que celebraremos muy de veras llevar al ánimo del señor Marco, para mayor gloria suya, y prosperidad de las letras españolas.

ANTONIO CORZO Y BARRERA.



CERVANTES

Y LA NOCHE DE DIFUNTOS.

(Conclusion.)

Observad á la derecha
El edificio que alzó
En este siglo la España,
(Turbada con el rumor
De guerra civil sangrienta
Que lustro y medio ruió;
Para que en él se congreguen
En frecuente reunion
Representantes del pueblo
Casi omnipotentes hoy,
Del pueblo que continúa
Mas pobre que el mismo Job.
Siento deciros, lo siento
Con vivísimo dolor,

Que en Cortes Constituyentes
Un tontiloco negó
La pureza de la Virgen
Y la existencia de Dios,
Sin que un solo Diputado
Pidiera en tremenda voz
Recluyeran al ateo,
Sin mas averiguacion
En una jaula de orates,
De que era merecedor.
Dispensad, señor Miguel,
Mi larga conversacion,
Para probaros, que Hesperia,
Presa de funesto error,
Es mas infeliz ahora,
Que la piadosa nacion,
Donde al dar Vos vuestro cuerpo
Al polvo de que salió;
Con sumisa voluntad,
Con santa resignacion
El alma os plugo cristiana
Entregar al Criador.

CERVANTES.

VII.

Por Dios hermano, callad:
¿Sabeis lo que me affligis
Con ese triste relato,
Que de mi patria os oi?
Pobre España de mi alma!
Bien hice, bien, en morir
Hace dos siglos y medio,
Y de este modo no fui
Testigo de esa impiedad
Y de la intestina lid,
Que con española sangre
Malos españoles mil
En la época presente
Desean reproducir,
Aunque enrojeczan los rios
Desde Ampurias á Guadix.
Quiera Dios en su clemencia
Los ojos á España abrir,
Para que la luz del cielo
Vea ese pueblo infeliz.
La luz de la Fé divina,
Que en Jerusalem y aqui
El Hijo anunció del Trueno,
Valiente muriendo al fin
Por el sagrado Evangelio.
Ay me! Yo no merecí
Por mis culpas una muerte,
Tan cristiana y tan feliz.
Ya no quiero preguntaros,
(Pues fuera pregunta ruin,
Despues de hablar de ateismo
Y de escepticismo vil)
Por las Artes y las Ciencias.
Por la Poesia en fin,
Hija sublime del cielo,
Pues no hay nada que añadir.

YO.

VIII.

Si me otorguéis benévolo permiso,
O príncipe de ingenios españoles,
Antes que dore al plátano y aliso
El Alba con sus bellos arreboles,
Os narraré contemporánea historia,
Digna de luto y fúnebre memoria.

Historia de un poeta sin segundo,
Que hace bañar en lágrimas los ojos,
Porque fué gloria, admiración del mundo
Aquel cisne inmortal, que sus despojos
Dejó al morir bajo sombrío cielo,
Lejos ay! de su dulce pátrio suelo.

Inspirado cantor, noble Batilo,
Tú que las artes en sublime acento
Celebraste pacífico y tranquilo,
Elevando tu voz al firmamento,
Y de hidalgo civismo dando pruebas,
Como el antiguo Píndaro allá en Tebas.

¿Quién te diría, bardo sin ventura,
Qué en extraño país tu alba cabeza
Ocultaría humilde sepultura,
Después de fallecer en tal pobreza,
Que no tenías pan para tu esposa,
Compañera en tus penas cariñosa?

¿Y olvidar tus gemidos y miseria
Pudo, pudo infeliz la patria mía,
Como a Cervantes olvidó la Hesperia,
Cuando por su desgracia dirigía
A la nación de abatimiento enferma
Francisco Sandoval, duque de Lerma!

No es ilusión: el recto magistrado,
El trovador dulcísimo, divino,
Indigente y anciano y desterrado,
Víctima en fin de bárbaro destino,
Con mengua de su patria y aún del trono
En el siglo murió décimo nono.

A cuantos asaltó después la muerte
Nobles ingenios de la patria mía,
Que lamentaron tan aciega suerte
Por criminal desden, por apatía
De los pilotos cien, que han gobernado
El timon inespertos del estado!

¿Cuántos gimen hoy mismo sin consuelo
De prosaica boardilla en en el retiro,
Sin escucharlos nadie, mas que el cielo,
Que con amor, del pobre oye el suspiro,
Porque con los poetas no es la España
Madre de amor, si no muger extraña!

Miserables gobiernos que la oprimen!
Miserables partidos que la infaman!
Llor á los ingenios, que aunque gimen,
Su inapreciable libertad proclaman
En la santa y feliz independencia
Que las letras les dan y su conciencia.

CERVANTES.

Hermano, qué extrañais? La Poesía
Bajó del cielo á confortar al hombre:
Predominando escepticismo hoy día,
¿Habrá mortal, decidme, que se asombre,
Si olvida amor y fé, que ella atesora,
Quien al *aureo beverro* solo adora?

No es hija, no, del cieno de la tierra
La inspiración del Vate soberana;
Cuanto el mundo en sus ámbitos encierra
Es polvo y sombra pasajera y vana
Para el Poeta al contemplar las nubes,
Y la voz al oír de los querubes.

Su espíritu elevando al firmamento,
Esmaltado de fulgidas estrellas,
Une con tierno amor filial acento
Al de las almas inclitas aquellas,
Que al Padre y Hacedor, al Bueno y Santo
Loan cual hijos en pereuno canto.

Mas ya brilla el lucero, hermano mio,
Fiel mensajero del fulgor del Alba,
Hora en que debo al panteon sombrío
Volver antes que á coros hagan salva
Con sus plácidos cantos y loores
Las alondras á Dios y ruiscñores.

Oid, oid la voz de la campana,
Que anuncia de oración la grata hora,
En la torre de iglesia mas cercana,
Donde la Cruz el madrileño adora,
Desde mi tiempo, tiempo ya remoto,
Cuando reinaba el Príncipe *Devoto*.

Ofreced hoy cual sacerdote en ella,
Ofreced incruento sacrificio,
Y a María invocad, del mar estrella,
Y el almo Verbo mirará propicio
A los Vates que gimen en el fuego,
Cuyo ardor templá fervoroso ruego.

Orad para que Dios mire cual padre
A la nación, católica española,
Que visitó su Inmaculada Madre,
A la nación, que impávida aun trémola
El pendon sacro, Lábaro divino,
Que hizo triunfar al Grande Constantino.

Ondeando la cruz, podrá tan solo
Asombrar otra voz con su denuedo,
A cuantos pueblos hay de polo á polo
La Patria del piadoso Recaredo,
Cual asombró del Godo el heroísmo,
Cuando venció Pelayo al Islamismo.

GASPAR BONO SERRANO.

POCO Á POCO.

Poco á poco hila la vieja el copo, dice un antiguo adagio. Con el tiempo vemos efectivamente llegar muchos acontecimientos, aunque no siempre á medida de nuestro gusto.

Poco á poco crece el niño y su razón se forma; llegan las pasiones, y reemplazan á los juegos de la edad primera: bien pronto la ambición, el ansia de medro, desvanece las ilusiones de la juventud; después los cuidados, las inquietudes, usurpan el puesto á los placeres; luego los cabellos blancos que ahuyentan á los amores, aunque no siempre traen consigo la cordura; después los achaques, la vejez, rica sólo en recuerdos; más tarde, en fin, la muerte que siempre está en perspectiva: todo esto no llega sino poco á poco, pero, sin embargo, todo se enlaza y encadena.

Poco á poco es como se enriquece el hombre honrado y laborioso: no se arriesga en especulaciones aventuradas que podrían arruinar á los que en él depositan su confianza; pero se eleva á una posición desahogada; la fortuna adquirida poco á poco, es siempre más sólida que la que se debe á una jugada feliz.

Poco á poco, por el contrario, el hombre que hace calaveradas ve disiparse sus riquezas; poco á poco el holgazán se hunde en la miseria; y el

que se arruina vé también poco á poco abandonarle sus amigos, y huir de él los que le deben gratitud.

Poco á poco las malas compañías corrompen el corazón más sano, como el hábito de excederse en la mesa destruye la salud más robusta. Poco á poco la debilidad conduce al vicio, cuando se frecuentan sociedades de mal género. Tomareis las maneras de las personas que trateis: después de haberlas vituperado, las imitareis. Si habláis á un malvado, poco á poco sus sofismas os seducirán, os arrastrará su ejemplo, os reireis de lo que en otro tiempo os hubiera sonrojado, y os deslizareis hasta el fondo del abismo, por haberos dejado llevar poco á poco.

Frecuentemente, poco á poco es como el amor se apodera de un corazón que ha jurado resistirle. Niñas, un amante diestro empleará todos sus recursos para triunfar de vuestra indiferencia. Tiernas miradas, dulces frases, ligeros apretos de manos, protestas, seguridades de fidelidad, todo lo pondrá en juego para venceros. Si resistis, cambiará de táctica; se volverá triste, melancólico; fingirá que ahoga sus suspiros: vosotros creereis que no fijáis la atención en él, pero poco á poco os ireis interesando, os pondréis distraídas, inquietas; suspirareis en secreto, y vuestro amante entonces será ya menos tímido. Poco á poco obtendrá un leve favor, después una confesión, después un beso, después, por último, vuestro corazón; y lo poseerá por entero por más que vosotras no se lo hayáis dejado tomar sino poco á poco.

Pueden evitarse los trastornos que se presentan bruscamente en el curso de la vida, y no se ven venir las revoluciones que se forman poco á poco. Economicemos los placeres si no queremos que poco á poco den al traste con nuestra salud: no concedamos nuestra amistad más que poco á poco, para ser menos á menudo engañados: y en amor, sobre todo, demos la preferencia á los favores que obtengamos poco á poco.



LOS TESOROS DE BEN-ALI. (*)

(Continuación.)

—Gracias, respondió el anciano con irónica sonrisa. Y prosiguió su trabajo sin volver siquiera la cabeza.

Ben-Ali comprendió entonces que no sólo el anciano rechazaba sus ofertas, sino que hasta había algo de desden en su modo de proceder.

—Que no aceptes el socorro que te ofrezco, repuso, lo concibo, atribuyéndolo á la elevación de tus sentimientos; pero que te mofes de mis buenas intenciones, eso sí que no puedo explicármelo.

—Me río, contestó el anciano, porque imaginas poder socorrer á todos los pobres.

—Te he dicho que soy rico, y que mis tesoros son inmensos.

—En mi juventud, replicó el anciano, he oído hablar de una apartada isla donde hay señores tan ricos, que cada uno de ellos podría comprar un reino. Pues bien, aunque tú solo poseyeras los tesoros reunidos de esos opulentos insulares, jamás tus limosnas serían bastantes para ayudar á todos los necesitados.

—Si no puedo socorrerlos á todos, á lo menos socorreré á una gran parte, y de este modo disminuirá su número.

—Al contrario! El año que viene habrá en Alepo doble número de pobres que ahora, y será por culpa tuya.

—No es posible entenderse con un hombre tan particular, dijo para sus adentros Ben-Ali. Y encomendándolo á Dios, regresó á la ciudad.

El joven heredero continuó la tarea que se había impuesto. Tan diligente como compasivo, ni un día pasaba en la ociosidad. Iba de casa en casa sembrando oro por todas partes; y, ni el mal tiempo, ni el cansancio, le arredraban. No vivía más que para los pobres.

Una cosa, sin embargo, le desplacía: y era que, lejos de disminuir, parecía aumentarse el número de pobres: además, entre los necesitados se ingerían muchos holgazanes. Pero temiendo privar de socorro á los que realmente lo hubiesen menester, prefirió dejarse engañar por algún bribon, á rechazar á un solo indigente. La fama publicó prontamente sus beneficios, y de los más remotos países acudían mendigos y vagabundos para aprovecharse de las prodigalidades del *hijo del avaro*, que así seguían llamando al bueno de Ben-Ali.

Esta afluencia de pobres le afligió, pero prosiguió su obra sin desalentarse. Un día, sin embargo, recordó las palabras del anciano leñador, y sintiéndose como fascinado por el recuerdo de su vaticinio, decidió volver á verle.

Salió, pues, de la ciudad; y, al acercarse al bosque, halló al anciano en el mismo sitio y en la misma actitud en que lo había encontrado la primera vez; hubiérase dicho que desde aquel momento no se había movido.

—Amigo mío, le dijo Ben-Ali, no quise creer en vuestras palabras, y las tomé (os lo confieso) por la expresión de la mala voluntad de esos seres malignos que se complacen en denigrar lo que son incapaces de hacer: pero la experiencia me ha demostrado el aprecio que en lo sucesivo debo hacer de vuestros consejos y de vuestras previsiones. Dejad este bosque, y venid conmigo á la ciudad. Seréis mi amigo, y me auxiliareis con vuestros consejos: yo quiero el bien, vos me enseñareis á practicarlo.

El anciano dirigió entonces al joven una afectuosa mirada, y llamándole por su nombre, le dijo en tono profético:

(*) Véase el número 2.º

—Ben-Ali, quieres que deje mi bosque; pero todavía no es tiempo. Es preciso que una experiencia más larga te haga conocer tu error. Vuelve a la ciudad, cumple hasta el fin la misión de que te has encargado; y cuando de todas tus riquezas no te quede más que un cofre lleno de oro, cuando en esa ciudad, que has creído hacer dichosa, no veas más que enfermedades, crímenes y miserias, vuelve por última vez á este anciano, y él tratará de consolarte.

En vano Ben-Ali le instó á acompañarle, en vano le prometió obedecerle ciegamente: el anciano nada respondió, y continuó su trabajo habitual.

El joven regresó triste y sombrío á la ciudad. Preguntábase cómo había podido el anciano saber su nombre y decirle con tanta seguridad lo que había de sucederle. Comenzaba á no despreciar ya sus predicciones, porque el porvenir, en que tanta confianza había tenido, le parecía entonces incierto. No por eso, sin embargo, dejó de esparcir su dinero entre los pobres que todos los días le esperaban en un lugar convenido. Pero, si bien nuestro héroe continuaba siendo generoso hasta la prodigalidad, ya no experimentaba tanto placer en repartir sus tesoros, por que veía muy bien que no se aproximaba al fin que se había propuesto.

Triste, pensativo, y no sabiendo qué hacer, determinó al fin examinar por sí mismo qué frutos había producido su caridad: y un día, después de distribuir las limosnas de costumbre, volvió á su casa, se disfrazó de mendigo y se encaminó á la taberna en que de ordinario se congregaban los pobres que socorría. ¡Qué dolor se apoderó de su corazón! Los mendigos se burlaban de su bienhechor: uno remedaba su voz, otro sus gestos: y vagos, y meretrices, se embriagaban, bebiendo á la salud del imbécil que hacía el gasto de sus orgias. Cuando los sarcasmos traspasaron todo límite y el desorden llegó á su colmo, Ben-Ali se dió á conocer, y exclamó con indignación.

—¡Me veis, miserables! Yo soy Ben-Ali, el insensato que, por socorrer vuestra pobreza, vivía rodeado de privaciones! Escarneceis mi nombre y mis obras!... Os abandono, ingratos... sufrid el hambre, puesto que no sabeis respetar ni bendecir la mano que os alimenta.

Y salió de la taberna irritado y furioso.

(Se continuará.)

EN EL ALBUM.

de mi muy querida hermana Emilia.

Ayer, junto á los padres
Que la vida nos dieron,
Eras tú, hermana mía,
Su orgullo y su consuelo.

De tan feliz pasado
¿Qué memoria tenemos?
Dos tumbas en la tierra,
Dos almas en el cielo.

Hoy que, feliz esposa,
Sonreír te contemplo,
Velando de tus hijos
Elinocente sueño;

En tu álbum, como prenda
De fraternal afecto,
Al escribir mi nombre,
Te dedico un recuerdo.

ENRIQUE PRÍNCIPE.

HABULLIAS!

En el Teatro de Novedades se está dando una batalla. Pero no se asusten nuestros lectores, que no se trata de hulanos, sino de una *Batalla de Ninfas* ordenada por el bizarro general Zumel, el mismo que, hace años, nos obsequió con otra *Batalla de Diablos*.

Tanto batallar cruel,
Y tanta pólvora y humo,
Van á exprimir todo el zumo
Del ingenio de Zumel.

También el Teatro del Circo se ha echado en brazos de la nigromancia de tramoya, poniendo en escena la flamante *Pata de Cabra*.

Ofrecernos cada día
Una *pata* y otra *pata*,
Eso es, más bien que comedias,
Dar al público *patadas*.

La víspera de Noche-Buena se estrenó en el Teatro Eslava, una comedia titulada *Aprendices y Maestros*. Parece que su autor *había creído* que su obra era agradable; pero cuando la vió puesta en escena hubo de conocer que...no lo era, y tomó la prudente determinación de llevársela á casa.

¿Qué tal será ella cuando el padre que la engendró no se atreve á exhibirla?

Nuestro querido amigo, el inspirado poeta D. Antonio Fernandez Grilo, ha escrito y publicado una bella elegía á la memoria del Conde de San Luis, protector inolvidable de las letras españolas. Recomendamos á nuestros lectores la adquisición de este nuevo y brillante canto de la potente lira del Sr. Grilo.

Ha fallecido en esta corte D. Francisco Fernandez Tomé, pintor distinguido y persona apreciable en todos conceptos. El Sr. Tomé, joven todavía, de ja varias obras notables, mereciendo entre ellas mencionarse el cuatro que representa el interior de la iglesia de San Isidro el Real, que tan justamente llamó la atención en una de las exposiciones anteriores y que fué adquirido por el Estado. Este lienzo bastaría, aunque el Sr. Tomé no tuviera otras obras, para darle puesto entre nuestros buenos pintores.

Desde el tendido se titula una linda é intencionada pieza en un acto que recientemente se ha estrenado en el Teatro Martin. Su autor, D. Juan Rodriguez Rubi, sigue evidentemente las tradiciones de su raza; pero

me hace poco, tilin
que este ingenioso autor,
sea abastecedor
del Teatro Martin.

Por comerse á su hermano en almodrote
De cólico murió cierto hotentoto.

*El comerse la carne de un hermano
Es tan anti-social como malsano.*

Un sábio, tan audáz como ilustrado,
En un globo á los aires se lanzó;
Pero al soplo de un viento huracanado
Cayó el globo, y el sábio en un tejado
Los sesos se dejó.

*El amor á la ciencia con exceso
Suele á muchos costar perder el seso.*

VARIEDAD DE PLATOS

EN UN CONVITE DE BODA.

EPIGRAMA.

Después del arroz sin caldo,
Que en renombrada hosteria
Sirve con tanta ufania
El bodegonero Arnaldo.

Lució en la boda de Anton
Siete guisados, tocino,
Marrano, cerdo y cochino,
Pnerco, gorrino y lechou.

GASPAR BONO SERRANO.

CHARADA.

Por la primera y segunda
de cierto puerto de mar,
la bella *una, tres y dos*
y su adorado galan,
mi amigo *quinta* con *cuarta*,
se paseaban al par
en una barca muy linda
charlando con tierno afan.

En otro bote conmigo
iba conversando en paz
el célebre *cuarta* y *una*
que (como tú ya sabrás)
es un hombre sanguinario
y bárbaro si los hay.

Este, al ver á la pareja
de que he hablado al empezar,
dijo:— ¡Vaya un *prima* y *quinta*!
¡encuentro piramidal!
esto es tan inverosímil,
tan raro, tan singular,
que parece un *tres y cuatro*.
Has de saber, caro Blas,

(me añadió) que esa mujer,
que tan sin pudor ahí vá
quinta y *dos* con *quinta* y *cuarta*,
me ha llegado á mí á otorgar
su favor, en el sentido
más *dos* y *cuatro* de tal
palabra. Cuando á su lado
pasemos (ya lo verás)
yo *cuatro* y *cinco* muy fuerte;
ella menos no podrá
de mirarme, me conoce,
y un sofocon vá á tomar.
— ¡Primera! contesté yo,
¡*quinta* belitre! charran!
en mi presencia te juro
que no ruborizarás
á nna dama, aunque yo sea
(porque así me hizo el azar)
quinta repetida, y tú
guapeton: y si haces tal,
la *una, tres, cinco* y *segunda*
te horadaré ¡voto á san!
y hasta el fondo de la panza
por allí se te verá!

— ¡Tú á *tercera*! replicó
más furioso que un chacal
cuarta y *prima*, cuyo pelo
dos y cinco (¡san Millan!)
se erizó espantosamente:
¿con que me vás á horadar
la *una, tres, cinco* y *segunda*?
¡*cuarta, una* y *dos* nadamás,
y te amputo las orejas,
grandísimo perillan!

Y, así diciendo, sacó
de un bolsillo de su frac
una hoja de puro acero,
que brillaba mucho más
que *tres y una*, y cuyo mango
me pareció, no metal,
sino *segunda* y *primera*:
y la esgrimió aquel caiman
con un aire tan resuelto,
que, amigo, á decir verdad,
me dió miedo, un miedo atroz
que no pude dominar,
y gracias á mi pavora
la cuestion no pasó á más.

El dichoso paseito
en barca, puedo jurar
¡ay! que fué bastante *todo*
para este pobre mortal.

(La solucion en el número próximo.)

Solucion á la CHARADA inserta en el número anterior.

ANIMALEJO.

Madrid.—Imp. de S. Landáburu, Plaza de los Carros, 2 bajo.